

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL SOCIALISMO Y LA SOCIEDAD.

Sucede á veces en una casa de orates que alguno de ellos erigiéndose en Júpiter tonante, como el loco de Sevilla de que nos habla al principio de la segunda parte el inmortal autor del Quijote, amenaza destruir al mundo con su omnipotente venganza. Si algo hay mas cómico que su hueca voz y sus descompasados ademanes, es ciertamente el espanto con que sus compañeros de locura, reconociéndole la fuerza que se atribuye, se apuran en desarmar su soberana cólera, y puestos de hinojos en derredor suyo, le suplican desolados que suspenda sus decretos de esterminio y que se digne no apagar el sol ni inundar la tierra.

No sé porqué se me representa un cuadro por el estilo, cada vez que oigo los formidables programas de la Internacional dirigidos á subvertir la sociedad por sus cimientos, y los plañideros temores con que le hacen coro los que ven ya hundirse en universal naufragio la religion y la autoridad, la propiedad y la familia. Hombres de poca fé y de poca observacion, no teniendo en cuenta las eternas leyes morales tan ineludibles é incontrastables como las físicas, aumentan con su pánico la audacia de los falsos regeneradores y les dan la razon hasta cierto punto, juzgando como ellos accidental lo necesario, precedero lo inmortal, obra de convenciones humanas lo que está en la misma esencia de las cosas. Cuanto dure la humanidad durarán las socie-

dades, y mal podrian estas durar desencajadas de sus bases constitutivas.

Cargada está la atmósfera, y apenas hay punto en el horizonte donde no amenacen verter la desolacion horrorosos nublados; pero la avenida no es el diluvio, ni la tempestad es el cataclismo. Los rayos destrozan, las inundaciones arrasan; y no obstante, la naturaleza sigue su curso, y al través de estos pasajeros trastornos acredita mas y mas la regularidad de sus funciones. Claro está que al que le toca la mala suerte es como si llegara el fin del mundo; pero no hay que confundir las desgracias concretas con la catástrofe general, ni las perturbaciones locales y momentáneas con la destruccion radical del principio, ni el eclipse con la estincion intrínseca de la luz. Temblemos por nosotros y por nuestra patria, por el año que corremos, por el suelo que pisamos, no por esas instituciones perennes destinadas á pasar de generacion en generacion hasta el fin de los siglos, y que cada vez que se crea haberlas herido de muerte trasmigrarán impasibles de uno á otro cuerpo.

El error no puede vivir sino por la parte de verdad que admite, y á condicion, por decirlo así, de ser inconsecuente. Por esto cuanto mas lógico se muestra en sus fatales deducciones el socialismo, tanto mas entraña de imposible. Como las enfermedades que toman su nombre del órgano que atacan, sería la muerte y no una manera de ser de la socie-

dad si se llegara á plantearlo. Aun en concepto de teoría produce vértigo en la cabeza como la boca de una sima; ¿qué sería si dando tumbos por la pendiente rodáramos en realidad hasta el fondo del caos? Deshechos á la vez los vínculos religiosos y los civiles, los de la vida pública y los de la doméstica, no habría mas que individuos en esquivo apartamiento ó en acerba lucha entre sí; llegaríamos á envidiar hasta en el orden material la cultura de las tribus nómadas y salvajes, hasta el instinto sociable de las fieras. No, no es idea, sino pasión el socialismo; no es ni será nunca un sistema ni siquiera un sueño, sino un furioso atentado ó cuando menos un delirio. Con el sangriento botín y no con estables bienes se brinda, al merodeo y no á sostenible conquista se conduce á esas pobres masas, que no seguirían el llamamiento, tan ignorantes como son, si antes no se las embriagara con la copa del vicio.

Merced providencial ha sido en mi concepto la brutal franqueza desplegada por los nuevos sectarios. La mas trivial estrategia les aconsejaba no retirarse de la arena política, aliándose estrechamente con las fracciones mas avanzadas, adoptando sus banderas, aprovechándose de sus triunfos y empujándolas en su constante movimiento hácia la izquierda. En vez de atraer han desdeñado auxiliares, han desechado gefes, se han mofado de los santones, han envuelto á republicanos y federales en el mismo anatema que á los monárquicos, han enseñado al pueblo á desconfiar de sus explotadores con espresivas lecciones que han de volverse contra ellos mismos. Ayer se proscribió á Víctor Hugo, hoy á Mazzini, ¿porqué mañana no ha de proscribirse á Marx y á Bakounine? La insubordinación y la discordia no han aguardado al fin de la jornada para estallar, y unas sobre otras se lanzan las turbas cada vez mas hoscas y bravías, acuchillando á las delanteras, antes de que hayan conseguido clavar el pendón en lo alto de la ciudad sitiada.

Y es que así como al potro le avisa el instinto de que ha nacido para el freno y la silla, y una vez suelto recela de cuantos se le

aproximan que no se le alcen en ginetes, así la plebe, con la íntima conciencia de que de una manera ú otra ha de ser gobernada, teme se le conviertan en dominadores los que mas la alhagan y lisonjean. Bien hará, ya que se emancipó de sus antiguos y naturales patronos, en sospechar de los nuevos; que raras veces han nacido en su seno los que toman su voz ó encarecen sus lástimas ó alizan sus furores; raras veces viven del sudor del trabajo los que pregonan las excelencias del trabajo: son casi siempre tronados *burgueses* ó por lo menos aspirantes á serlo, Catilinas bajo la máscara de Catones, abortados talentos que presumen de muy altos, por mucho que se titulen con mas exactitud de lo que creen *obreros de la inteligencia*. Y sin embargo, no hay disyuntiva; sin organización y sin dirección se esteriliza todo esfuerzo y fracasa toda empresa; y la dirección supone autoridad, tal vez explotación, tal vez opresora dictadura. O impotente anarquía, ó nueva servidumbre.

Concertarse de uno á otro extremo de la Europa las clases trabajadoras, sobreponiendo á la división de fronteras la unidad de intereses, para obtener mejora de condiciones ó aumento de salarios, esto cabe en lo posible, aunque siempre como hasta aquí dependerá de las vicisitudes económicas y de las oscilaciones de la balanza entre consumidores y productores la alternativa de dar la ley y de recibirla. Pero mancomunarse la humanidad ó su gran mayoría para retroceder á la barbarie, para disolverse, para suicidarse, he aquí lo que escende al poder de la asociación y á la actividad de la propaganda, por mucho que la favorezcan la facilidad y rapidez de comunicaciones y la mengua de creencias religiosas y de sentimientos nacionales. Así como para el bien es irrealizable por desgracia la convergencia de todas las rectas voluntades, asimismo lo es afortunadamente para el mal el pacto unánime de las depravadas intenciones: Dios lo ha dispuesto así para que esa tierra, campo donde andan mezcladas las semillas, no se vuelva paraíso en el primer caso ó infierno en el segundo. Y aun dado un plebiscito uni-

versal, tanto pende de su arbitrio rehacer la sociedad como rehacer la naturaleza.

«Irrealizable! dirá alguno; ¿y el ejemplo de París? y la tiranía que ha pesado mas de dos meses sobre aquella ciudad desventurada?» Pero la *commune* no es el *comunismo*; no hay que dejarse llevar de la analogía de los nombres, que proceden de distintas raíces y expresan cosas muy diferentes. Hubo allí despojos, saqueos, incendios, asesinatos; mas para enseñar á cometerlos no eran menester las nuevas doctrinas: mucho antes de venir estas al mundo, los ha habido en todos tiempos, en todos lugares, y mas en medio de luchas civiles, y mas durante los apuros de un desesperado sitio. No importa que se perpetraran los horrores del mayo último invocando ciertos principios, y que anduviera en ellos la mano de la Internacional, aunque quizá no tanto como el miedo le ha atribuido y los aires que ella misma para espantar se ha dado: todas las perturbaciones, á que está sujeta la humanidad, toman el carácter ó mas bien el vicio de la época, como durante una epidemia van á degenerar en ella cualesquiera enfermedades; fanáticas en el siglo XVI como los anabaptistas de Alemania, reformistas en el XVII como los puritanos de Inglaterra, impías en el XVIII como los jacobinos de Francia, ¿qué mucho que en estos tiempos se hagan ateas y socialistas? No ha desarrollado la secta sino sus tendencias destructoras, que tiene comunes con tantas otras sectas antiguas y modernas; pero mas ó menos respetado se mantuvo allí el gobierno, la propiedad, la gerarquía; nada siquiera se ensayó en el sentido de llevar á la práctica sus peculiares utopías, sus pavorosas negaciones, su consiguiente reorganización social. Y si reconoce por propia y genuina aquella muestra, prueba mas que otra cosa su debilidad é insubsistencia, comparándola así en intensidad como en duración con el terrorismo de 1793.

No es mi intento infundir una falsa seguridad, desconociendo ó despreciando el peligro y contrariando la corriente general de harto legítimos temores. Graves conflictos amenazan, cárganse de inflamables elementos las

minas, y no hay nación ni ciudad segura de no verlas estallar en su seno el día menos pensado; pero sea cual fuere el estrago que produzcan, la sociedad no se hundirá. Parálizase el trabajo, asústase el capital, cunde el malestar y la zozobra, ármense unas contra otras las clases, cae en el descrédito toda autoridad y hácese poco menos que imposible todo gobierno; pero el socialismo jamás gobernará. Podrá sembrar ruinas, mas no asentarse sobre ellas; pervertir al mundo, mas no cambiarlo. Por lo que toca á neutralizar su acción disolvente, á prevenir sus trastornos y desastres, no es el mejor medio el que clases y partidos, gobernantes y gobernados, traten de intimidarse unos á otros con ese espectro, para imponer como única salvación sus exigencias y convertir la interesada alarma en exclusivo provecho suyo. Ocasión es esta de unir los esfuerzos y no de dividirlos en ambiciosas luchas. Ni sistemas humanos ni fuerzas represivas enfrenan los delirios de la razón y los abusos de la fuerza; doctrinas mas altas y mas espiritual ascendiente se necesita para hacer respetar las leyes morales del universo; solo ellas pueden volver por sí mismas.

J. M. Q.

UNA PEREGRINACION Á SANTIAGO.

DÉCIMACUARTA CARTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Mi querido amigo: salí de Madrid, y llegué á esta ciudad que debe su nombre y sus glorias al santo patron de España. Hago gracia á V. y á los lectores de la descripción del viaje y de sus circunstancias: ni escribo viajes, ni me gusta la filosofía del *Yo* tan generalizada hoy día. ¿Qué les importa á los lectores de la UNIDAD el saber si llegué por mar ó por tierra, y si en el camino ví muchos ó pocos alcornocques?

Tiempo hacia que deseaba hacer esta peregrinación, si es que merece ya este nombre la cómoda visita al sepulcro del santo apóstol. Todavía el vapor no ha penetrado en Galicia, siquiera recorra sus riberas y sus seguros y magníficos puertos. No me atrevo á decidir si ganará ó no con esta llegada la monumental y perseguida capital de Galicia, pues pese á la envidia y á las malas mañas de la admi-

nistracion moderna, Compostela ha sido capital de Galicia, y para los católicos y los hombres de bien lo es y lo será siempre. Pero las razones por las cuales los católicos y los españoles tenemos cariño á la ciudad que guarda el sepulcro del santo patron de España, son otros tantos motivos para que los católicos de pega y los españoles que son de España pero no españoles, odien á la ciudad depositaria, como odian al apóstol, al sepulcro del apóstol y á la doctrina que predicó el apóstol.

El dia que el ferro-carril llegue á Santiago, que por ahora no lleva trazas de ello, la peregrinacion se hará en tren de recreo, y la basílica será visitada, como ahora lo es el Escorial todos los domingos, por los borrachos de Madrid: en vez de ir al ex-canal de Manzanares á merendar, los *chulos* de Madrid hijos del *manolo* y nietos del *chispero* (que santa gloria hayan) irán con su hijo el *granuja* y la... su esposa *civil*, á sacar la bota y el almuerzo en el trascoro de la catedral de Santiago durante los divinos oficios, y ¡dígales V. algo!

Al entrar en la sagrada basílica, y aun antes al divisar las torres de la ciudad histórica, la imaginacion se remonta á los siglos, no solo de la edad media, sino á otros posteriores y menos remotos, en que multitud de peregrinos españoles y estrangeros venian de todos los confines de España y desde los puntos mas distantes de Europa á visitar el sepulcro de Santiago, como la tumba de Nuestro Señor en Jerusalem y las de san Pedro y san Pablo en Roma, equiparado el voto y la peregrinacion de Compostela á estas otras. Una órden militar, compuesta de nobles caballeros y guerreros arrepentidos, custodiaba el camino de Compostela, como los templarios el de Jerusalem; piadosos sacerdotes y canónigos agustinianos semejantes á los hospitalarios de San Juan acogian en sus alberguerías á los macilentos viajeros y peregrinos, á quienes acompañaban y guiaban enseñándoles el camino y protegiéndoles hasta la posada. Al llegar á Santiago, el cabildo los hospedaba y aseaba, les daba descanso y ropa nueva, despojándoles de sus rotos vestidos, piadosa costumbre cuya tradicion conserva la cruz *d' os farrapos* (de los harapos) en uno de los extremos del crucero de la basílica. Cien ventanas y ajimeces, defendidas con pintados vidrios, daban luz á la antigua basílica, mas bella y suntuosa en lo antiguo, antes que el renacimiento y despues el barroquismo vinieran á despojarla de sus primitivas y sencillas galas, sustituyendo estas con sus pesados follages y los espantosos armatostes de madera dorada.

¿Por qué triste fatalidad las nociones de buen gusto han venido á generalizarse en estos últimos años, precisamente cuando la Iglesia empobrecida no tiene ya recursos para enmendar los extravíos cometidos en tiempo de tan mal gusto como grande opulencia? A la verdad que para lo que ha de tardar la Internacional en quemarlas, lo mismo nos importa que sean góticas que churriguerescas, de mármol que de madera. A bien que nuestros economistas, untando las iglesias con el petróleo del progreso, precursor del petróleo comunista, ván á reformar nuestras catedrales y hacer la division de diócesis con tan feroz acierto, que dejan calcular las calabazas que sus autores debieron llevar en materia de geografía é historia españolas, si es que las estudiaron.

Lloraban los israelitas ancianos al ver terminado el templo de Zorobabel, comparando la mezquindad de este, aunque suntuoso, con la grandiosidad y riqueza del anterior. Hoy por hoy lloran tambien los cabildos y los católicos, y lloramos todos, al ver el estado ruinoso de nuestras hermosas basílicas, la decadencia del culto, la pobreza y casi miseria, honrada pero dolorosa, del clero y de los servidores del santuario; pero lloramos todavía mas al considerar que aun esto poco está para desaparecer, que vamos de mal en peor, que Dios está *ahigerando* á la Iglesia de sus pabellones y bagajes para hacerla mas aguerrida y *endurecerla* para la gran campaña y la batalla terrible, y que sus mismos enemigos están contribuyendo á *fortalecer* en ella la disciplina rígida y austera y el espíritu de subordinacion á sus gefes. Lo que vemos hoy, aunque pobre y decaído, quizá no lo veremos mañana. Por ese motivo no he querido retardar esa peregrinacion que podia hacer en este verano, y celebro la resolucion.

Todavía este año el ayuntamiento ha costeadó los fuegos artificiales, que gozan de gran celebridad y que, si bien inferiores á los de otros años segun dicen, yo no los he visto mejores ni aun en la corte y por dinero. En medio de su penuria el cabildo metropolitano ha desplegado el acostumbrado aparato, en cuanto las circunstancias lo permitian. El gallardete de la capitana turca vencida en Lepanto por D. Juan de Austria, y ofrecido por este al santo apóstol, se estendia en toda su desmedida longitud, desde la cúpula hasta el asiento del prelado en el coro. El célebre *botafumeiro* ha oscilado tambien durante la procesion en el crucero de la basílica, embalsamándola con profusion de aromático incienso, mientras que el cardenal arzobispo rodeado de los canónigos dignidades con sus mitras, seguidos del ayunta-

miento con la bandera de Santiago, las autoridades y comisiones de la universidad y de todas las corporaciones y oficinas, recorrian pausadamente las majestuosas naves de la basílica, en pos de la santa reliquia de Santiago el menor, llevada en andas dentro de un torso de plata sobredorada.

Por costumbre inmemorial pagaban en este año los monarcas en representacion de España 42,000 reales por el célebre voto de Santiago, siendo el capitán general ó algun obispo ú obispos los que venian á entregar la piadosa é histórica ofrenda al tiempo del ofertorio, recibéndola el arzobispo revestido de pontifical y colocándola sobre el altar, bajo el cual por tradicion se sabe estar enterrado Santiago, y á gran profundidad segun se cree, pues hace muchos siglos que no se ha consentido reconocer el sitio donde yace. La revolucion del *infierno con honra* (1) ha borrado tambien esta partida entre las economías con que araña el presupuesto, tirando harina y recogiendo arena. El pueblo de Santiago ha procurado suplir esta desdeñosa omision, abriendo una suscripcion para sostener el voto. Esta suscripcion produjo el año pasado unos 16,000 reales, pero este año no ha llegado á 4,000. En cambio valia mucho oro la arenga pronunciada por el alcalde en el acto de la entrega. Preciso es pensar en ello seriamente para que el año que viene sea un voto nacional, y verdaderamente *nacional*, en que contribuyan todas las provincias de España, llevando una parte igual recogida por medio de una suscripcion, á que cooperen todos los católicos hasta los mas pobres con el modesto óbolo de dos á ocho cuartos: esto no compromete ninguna fortuna; no hay mas que el trabajo de recaudarlo. La Juventud Católica está dispuesta á contribuir para esta recaudacion, y la Asociacion de Católicos no dejará tampoco de auxiliarla.

- Este era otro de los fines que me propuse en mi peregrinacion, y el objeto principal de este artículo.

España no puede olvidar que Santiago es su patron y lo ha sido siempre desde tiempo inmemorial, que este patronato está reconocido por la Iglesia, que en la disminucion de dias festivos y declaracion de patronatos de sus iglesias, reinos y provincias la fiesta de Santiago ha quedado para toda la nacion española. Si somos católicos y españoles, este patronato no debe ser ilusorio, y de alguna manera debe acreditarse. Si los políticos y los impíos lo desdeñan y se niegan á reconocerlo y pagar ese homenaje de gratitud, nosotros debemos pagarlo

(1) Título de una zarzuela satírica por el Sr. Rico y Amat.

por lo mismo que ellos no quieren, apreciarlo por lo mismo que lo desprecian. *Contrariorum contraria est ratio*. La tradicion lo recuerda, la unidad católica que aspiramos á conservar á despecho de sus enemigos lo aconseja, la gratitud lo exige.

Alguno me ha preguntado si acuden todavía peregrinos á Santiago. Yo no los he visto. No faltan devotos que concurren á visitar el sepulcro especialmente desde los pueblos inmediatos, algunos del resto de Galicia, pocos de las otras provincias de España. Dos pobres niños en trage de romeros seguian la procesion. Podia dudarse si era la mendicidad ó la devocion las que les obligaban á peregrinar: su edad parecia alejar de ellos la idea de que fuese una culpa grave la que motivara su romería.

En cambio la civilizacion moderna envia á Santiago otros peregrinos, bien distintos de los que concurrían allá en la edad media y aun á principios de este siglo.

1.º El comisionista, tipo bien conocido por todo el que haya viajado algo, impío de pura raza, charlatan y demagogo; habla siempre de mugeres y de política durante la comida, y siempre está por *lo fuerte*.

2.º El turista extranjero, á veces esplinático, á veces erudito á medias, y muy comunmente impío y tonto; el turista español es raro.

3.º El indiano: en diciendo *indiano* dicho se está que es descreido y casi enteramente ateo. Dicen que alguno de ellos cree en Dios, y debe consignarse como escepcion honorífica; á la hora de la muerte ya es otra cosa.

4.º El empleado moderno, camaleon político y religioso: el que ahora se usa lleva siempre un cura montado en las narices; para él Santiago era un *neo* que en su tiempo mataba moros y quemaba sabios.

5.º El estudiante libre: es un sabio sin haber estudiado nada; escribe de todo sin leer ni consultar libro alguno, asegurando que el modo de acertar en todo es resolver las cuestiones segun el criterio de la libertad; es corresponsal de periódicos y revistas, á los que remite cuantos desatinos le sugieren los cicero-nes mas estúpidos y sobre todo los holgazanes del pueblo y enemigos del clero. Con una cartera debajo del brazo recorre las catedrales durante los divinos oficios, charlando, gesticulando groseramente, y quitando la devocion á los fieles. Su cartera lleva tantas mentiras como apuntes, y es digna de su cabeza hueca. Estos son los peregrinos modernos, y basta de caricaturas.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO X.

DE LOS RECURSOS DEL CLERO CONSIDERADOS COMO CAUSA
DE INMORALIDAD.

«No hablaré del escandaloso tráfico de las indulgencias, ni del precio vergonzoso que satisfacía el penitente para obtener la absolución del sacerdote: el concilio de Trento puso empeño en disminuir su abuso; no obstante aun hoy día el sacerdote vive de los pecados del pueblo y de sus terrores; para pagar misas y rosarios el pecador moribundo prodiga el dinero acumulado no pocas veces por medios inicuos, tranquiliza á precio de oro su conciencia, y logra entre el vulgo una reputación de piedad.»
Pag. 416-417.

Admitamos por ahora el hecho (sobre el cual empero discurriremos en seguida), admitámoslo en el tiempo presente y en Italia, pues hacerlo extensivo á todos los tiempos y lugares sería decir que la religión de Jesucristo no ha traído á la tierra mas que un aumento de superstición y perversidad, proposición que sería aun mas absurda que impía: sería ir sin motivo mas allá del tema del ilustre autor que quiere hablar de los efectos de la religión católica en Italia. Admitido pues por ahora el hecho, para sacar de él un resultado útil y no un motivo de declamación, supongamos que se diese á un hombre el encargo de proponer los remedios para un estado de cosas tan lamentable.

¿Qué investigaciones deberá practicar este hombre? Será sin duda la primera informarse sobre si esta costumbre dimana de una ley, ó si es un abuso. Bien sé que esta distinción es manoseada; pero es inevitable el proponerla de nuevo siempre que con ella sola se puede abarcar toda la cuestión. Si se dice que es efecto de una ley, será necesario presentarla para probarlo; cosa imposible, cosa reconocida implícitamente falsa por el autor, quien la reprender por esta conducta á la Italia comparándola con la Francia y la Alemania, viene á conceder que se puede ser católico sin observarla, que no se apoya por consiguiente en las leyes. Si se dice que es un abuso, entonces este hombre que hemos imaginado no deberá sacar de él consecuencias contra la ley, sino buscar el vicio en la falta de cumplimiento de la misma, y la discusión cambia completamente de naturaleza. Deberá indagar cuales son los obstáculos que impiden el efecto natural de la ley, y apartarlos; deberá buscar en la ley misma los medios para hacer que se cumpla. Admitido pues el hecho, resultaría que en Italia existe este

inconveniente porque los italianos no son bastante católicos; que para que desaparezca es preciso hacer de modo que estos sean mas exactamente católicos, como se supone á los de Francia y Alemania.

Si en el orden civil se observase como regla general la de abolir todas las leyes que no son universalmente cumplidas, se tendría una malísima regla, como quiera que en muchos casos la transgresión de las leyes puede llegar hasta el punto de hacerla inútil y dañosa, y ser un motivo racional para abolirla. Pero en lo que atañe á la religión, la regla sería mucho mas falsa, porque las leyes esenciales de la religión no están calculadas por los efectos parciales y de tiempo limitado, ni se adaptan á las circunstancias, sino que pretenden adaptarlo todo á sí, emanan de una autoridad inapelable, y le es imposible al hombre sustituirlas con otras mas convenientes. El ministerio eclesiástico instituido por Jesucristo es una de estas leyes, y el peor abuso que los hombres pueden hacer de ese ministerio es el de destruirlo cuanto esté en su mano, apartándolo de algun lugar y por algun tiempo. El sistema de la Iglesia no es ni debe ser el de extirpar los abusos á cualquier precio, sino de combinar la conservación de las cosas esenciales con la extirpación ó con la disminución de los abusos: no imita aquella al desmañado é impaciente artífice que para quitar el orin al instrumento lo rompe. ¿Por qué existen abusos? Porque los hombres son inclinados al desorden de las pasiones. Y precisamente por esto es que ha conferido Jesucristo la autoridad á la Iglesia, ha instituido el ministerio; precisamente por esto es que el ministerio es indispensable. Lo que ante todo quiere evitar la Iglesia, es el mal horrible de un pueblo sin cristianismo, es el absurdo de un cristianismo sin ministerio. Es indispensable que los ministros estén provistos de recursos, y para este fin hay dos medios. Sería el uno el de elegir exclusivamente á los ministros entre aquellos que están provistos de bienes de fortuna, medio irracional y temerario, que restringiendo arbitrariamente la vocación divina á una sola clase de hombres, subvertiría por completo el bello orden del gobierno eclesiástico: consiste el otro en disponer que el ministerio proporcione los recursos al que lo desempeña; medio tan conforme á razón, que ha sido establecido como ley desde el principio del cristianismo, pues sirviendo el sacerdote al altar se inhabilita para ganarse de otro modo el sustento. Deben por consiguiente los fieles suministrar los recursos á los ministros del altar: esta es la ley. Pero entre los ministros, que son hombres no faltará quien aplicando á la avaricia lo que está

concedido á la necesidad, use ilegítimamente del derecho positivo de recibir, estendiéndolo á cosas á que no tiene aplicacion: y entre los fieles no faltará tampoco quien de la idea verdadera de que es una obra buena proveer de recursos á los ministros, pase á dar á esta obra un valor que no tiene, atribuyendola los efectos que pertenecen exclusivamente á otras obras indispensables, y sea generoso para dispensarse de ser cristiano: he aquí el abuso. Y así como este abuso es contrario al espíritu y á la letra de la institucion, así tambien el verdadero medio para que desaparezca será el acudir á la misma institucion. Así han obrado tantas veces aquellos á quienes está confiada la autoridad de hacerlo directamente; llena está la historia eclesiástica de sus esfuerzos y á menudo de sus triunfos: prueba es de ello, por no ir mas lejos, el ejemplo del concilio de Trento aquí citado. Muchos papas y muchos obispos han puesto un cuidado particular en el cumplimiento de este deber; San Carlos solo ha consumido en él su vida infatigable, y lo ha hecho permaneciendo siempre unido á la Iglesia: ni han faltado nunca entre el clero católico hombres celosos y sinceros que han revelado los abusos, y los han corregido siempre que podian. Todos los fieles, por último, pueden en parte remediarlos siendo ellos almenos piadosos, vigilantes, guardadores de la ley divina; porque es indudable que los abusos nacen en donde los hombres los desean, y que los hombres los desean cuando son corrompidos y no amando la ley inventan otra; que el que se reforma á sí mismo coopera á la reforma del cuerpo entero á que pertenece.

Hemos admitido el hecho á fin de demostrar que no seria lógico el que sacase de él argumento contra la religion; pero ahora convendrá examinarlo. «El sacerdote, dice el ilustre autor, vive de los pecados y de los terrores del pueblo; el pecador moribundo prodiga para pagar misas y rosarios el dinero acumulado á menudo por medios inicuos; tranquiliza á precio de oro su conciencia, y logra entre el vulgo una reputacion de piedad.»

Advertiré de paso que nunca, que yo sepa, se ha hablado de retribuciones por los rosarios; que no constituyendo por otra parte el rezo de estos una parte del ministerio eclesiástico, si hubiese retribuciones no corresponderian por precision á los sacerdotes.

Adviértase además lo que es mas importante, que no solo dice la enseñanza católica que para compensar el pecado de haber acumulado dinero por medios inicuos es condicion necesaria la restitucion cuando sea posible, y que aplicarlo á otros usos por santos que puedan ser, es un engaño, es persistir en la injusti-

cia; sino que esta doctrina es universalmente predicada y conocida en Italia. Yo no me atrevo á afirmar que no pueda haber algun ministro prevaricador que enseñe lo contrario; pero si existe alguno, es ciertamente una escepcion tan rara como deplorable.

Es sabido cuantas restituciones se hacen por medio de los sacerdotes. *¿Cuántas restituciones y reparaciones no hace obrar la confesion entre los católicos (1)?* Aquellos sacerdotes inducen entonces á un hombre á acallar su conciencia á precio de oro; pero este oro que no hace mas que pasar por sus manos es un testimonio de que aquellos no alteran la pureza de la religion para apropiárselo, y de que enseñan que no puede servir como medio de expiacion sino volviendo allí de donde injustamente se habia quitado.

Es verdad que el sacerdote que cumple con su deber procura escitar en los fieles el temor á los juicios divinos, aquel temor de que por nuestra debilidad incomprendible todo nos distrae, temor santo que nos llama á la virtud, temor noble que nos hace considerar solo como verdadera desventura la de faltar á nuestro elevado destino, temor que infunde aliento acostumbrando al que lo siente á no temer nada de los hombres. Pero despues de haber escitado este temor con sus instrucciones, ¿acaso hay ningun sacerdote que enseñe que el medio para vivir seguros es el de ser pródigo con los sacerdotes? O mas bien ¿no dicen todos: *Lavaos, purificaos, apartad de los ojos de Dios la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar perversamente: aprended á hacer bien, buscad lo justo, socorred al oprimido, proteged al huérfano, defended á la viuda (2)?*

No se pretende decir ciertamente que la avaricia no pueda mirar como un objeto de lucro las cosas mas puras, las mas terribles y las mas sagradas, y (no lo diré con mis palabras, sino con las que proferia horrorizado un grande obispo) *hacer de la sangre adorable de Jesucristo un objeto de vil ganancia (3)*: y por horror que debiese tener la Iglesia á suponer tal prevaricacion, ha debido hablar de ella para precaverla, y hacerla difícil y rara, si no imposible. Despues de haber profesado el concilio de Trento la doctrina perpétua de la Iglesia sobre el purgatorio, sobre el auxilio que las almas allí detenidas reciben de los sufragios de los fieles, y principalmente del aceptable sacrificio del altar, despues

(1) J.-J. Rousseau. Emile, liv. IV, not. 41.

(2) *Lavamini, mundi estote, auferte malum cogitationum vestrarum ab oculis meis: quiescite agere perverse.*

• *Discite benefacere: querite judicium, subvenite oppresso, judicate pupillo, defendite viduam.* Isai. c. 1, 16, 17.

(3) Massillon, *Discursos sinodales*, XIII *De la compasion de los pobres.*

de haber prescrito á los obispos la enseñanza y defensa de esta doctrina, añade: «Aquellas cosas tocantes á cierta curiosidad ó superstición, ó que saben á torpe lucro, prohibíbanlas como escándalos y tropiezos de los fieles (1).»

No es esta la ocasion de señalar estos tropiezos, y de reprender á aquellos que los siembran en el camino de la salvacion, ni debe tal vez hacerlo quien se halla falto de todo género de autoridad. Negar los que existen, ó justificarlos con razones especiosas, presentar como necesario á la Iglesia lo que es su desolacion y su vergüenza, no es conveniente ni á mí ni á nadie, como cosa vil, mentirosa, y por lo mismo irreligiosa. Ni creo faltar al asunto si callo acerca de aquellos; antes bien considero haberlo tratado, tocando las razones por las cuales me parece puede afirmarse que entre los abusos harto reales no existe (moralmente hablando) el horrendo abuso de sustituir las liberalidades á los deberes, y de acallar á precio de oro la conciencia.

Por esto ha hablado siempre la Iglesia por medio de los concilios, de los sumos pontífices y de los obispos: un ejemplo de sinceridad y de celo puede encontrarse entre mil en los discursos sinodales de aquel obispo que hemos citado hace poco, de aquel Massillon que fué ciertamente uno de los genios mas bellos que han pasado sobre la tierra para instruccion del género humano, de aquel hombre cuya elocuencia nunca tal vez tuvo rival (2). El mas ardiente y sutil enemigo de la Iglesia jamás revelará con mayor penetracion y vehemencia los horribles efectos de la avaricia que entra en el corazon de un ministro del santuario; ni el mas dócil y tierno hijo de la Iglesia los deplorará con mayor gemido y humildad y con mas vivo deseo de ver desaparecer de aquella tal torpeza.

Mas no creemos que sea fácil el tener este espíritu de imparcialidad; creemos por el contrario que en el juzgar de los defectos de los sacerdotes sea mas bien harto posible ceder á las prevenciones, y que dimanen estas de un principio de aversion que sobrado tenemos todos á su ministerio. Ellos son los que nos muestran la estrecha senda de la salvacion,

(1) *Cum Catholica Ecclesia Spiritu Sancto edocta ex sacris litteris, et antiqua Patrum traditione, in sacris Conciliis, et novissime in hac œcumenica Synodo docuerit Purgatorium esse, animasque ibi detentas fidelium suffragiis, potissimum vero acceptabili altaris sacrificio juvari; præcipit sancta Synodus episcopis, ut sanam de Purgatorio doctrinam á sanctis patribus, et á sacris conciliis traditam á Christi fidelibus credi, teneri, doceri, et ubique prædicari diligenter studeant. — Ea vero quæ ad curiositatem quamdam, aut superstitionem spectant, vel turpe lucrum sapiunt, tamquam scandala et fidelium offendicula prohibeant.* Conc. Trid. sess. xxv. Decret. de Purgatorio.

(2) Discurso IX, *De la avaricia de los sacerdotes.*

que combaten nuestras inclinaciones, que solo con su trage nos hacen recordar que hay un juez de quien son ministros, que existe un ministerio de altar y desaltar, que existe un modelo para cuya predicacion son instituidos; y es demasiado preciosa para la corrupcion de los sentidos la ocasion de hacerles sospechosos para dejarla escapar; es demasiada la aversion de la carne y la sangre á la ley, para que no se extienda tambien á los que la predicán, para que no se desee poder decir que ellos mismos no la siguen, y por consiguiente que menos debe obligarnos á nosotros que la oimos de ellos. Y esta aversion es en parte la que nos mueve á hacer ceder en vituperio de todos el mal que vemos en algunos de ellos, á decir que nada habria mas respetable que el ministerio si hubiese quien lo ejerciera dignamente, y á cerrar despues los ojos cuando se nos presenta quien dignamente lo ejerza, ó á maliciar en las virtudes que no podemos negar. Por esto si en la conducta celosa de un sacerdote no puede suponerse avaricia porque la pobreza voluntaria y la generosidad son demasiado evidentes, se explica aquella conducta por el deseo de dominar, de dirigir, de influir, de lograr consideracion. Si la conducta dista tanto de las intrigas, es tan franca y tan sencilla que rechace tambien esta interpretacion, vése en ella el fanatismo, el celo inquieto é intolerante. Si la conducta respira amor, tranquilidad y paciencia, solo queda que atribuirla á preocupaciones, á estrechez de entendimiento, á escasez de luces: última razon con la cual explica el mundo lo que es la perfeccion de toda virtud y de todo razonamiento.

Sí: existen sacerdotes que desprecian aquellas riquezas cuyo peligro y vanidad anuncian; sacerdotes que se horrorizarian de recibir los donativos del pobre, y que en cambio se imponen privaciones para socorrerle, que reciben del rico con un noble pudor y un sentimiento de repugnancia, que al extender la mano solo se consuelan con el pensamiento de que pronto la abrirán para entregar al pobre aquella moneda que á sus ojos está muy distante de compensar un ministerio el cual no tiene otro precio digno que la caridad. Aquellos pasan por el mundo, y oyen sus escarnios sobre la codicia de los sacerdotes, los oyen y pudieran levantar la voz, y enseñar sus manos puras, y el corazon ávido únicamente de aquel tesoro que el orin no consume, avaro solo de la salud de sus hermanos; pero callan, devoran las burlas del mundo, y se alegran de ser hallados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Cristo.